

ESCRITA CON SANGRE

Artículo publicado en la revista “Pasión en Sevilla” el 6 de enero de 2023

Siempre que llegan estas noches frías de enero en las que la luz empieza a buscar resquicios para abrirse camino entre las sombras y sembrar presagios de emociones futuras, llenándose el aire de los ecos de cornetas y tambores que el poeta cantase, yo regreso a un ayer que cada año está más lejos, pero al que cada año resulta más grato y entrañable volver. Un ayer de inocencia, de inquietudes, de búsqueda, de descubrimientos. Ese ayer infantil desde el que todos acabamos llegando hasta este hoy de certezas y escepticismo al que la vida inevitablemente nos conduce; este hoy inapelable donde los recuerdos ocupan el lugar que antaño colmaron las ilusiones; donde el ensueño de la evocación cauteriza las heridas abiertas por las puñaladas de la insobornable y terca realidad. Porque has de saberlo: llega un momento en la vida en que el futuro sólo genera verdadera ilusión si ofrece la posibilidad de poder regresar al pasado, de recobrar de algún modo el tiempo perdido, lo que se fue. Y esa posibilidad, tan improbable, que acaso tan solo la muerte pueda otorgar, es precisamente la que nos proporciona todos los años a los sevillanos la Semana Santa.

Por eso ahora, al cabo de tantas, seguimos aguardando con el mismo anhelo que llegue. O mejor, que lleguen sus vísperas; o mejor aún, la antesala de éstas, que son estas noches frías de enero por entre cuyas sombras la luz va trazando grietas azules de las que fluyen presentimientos de futuras llamas de cirios, de sombras agudas de negros nazarenos que van pasando en silencio por las calles antiguas de la memoria. Por eso ahora que estos fríos regresaron para envolver la soledad desabrida de las noches de enero, he vuelto a sentir en mis manos el tacto áspero de las páginas de huecograbado de aquel viejo ABC de Sevilla donde todavía se publicaban a diario las programaciones de las emisoras de radio de onda media que entonces, hace ya mucho tiempo, emitían en la ciudad: Radio Nacional de España, Radio Sevilla, Radio Peninsular, Radio Popular... Y vuelvo a descubrir, entre los de ésta última, un programa llamado ‘Saeta’ del que no había oído hablar nunca. Y al morir este domingo invernal, estoy de nuevo esperando a que empiece, pegado a un viejo y aparatoso receptor de radio del que a la hora en punto emerge una añeja oración flamenca que entona Manuel Centeno pidiendo silencio al pueblo cristiano, mientras la voz de un solemne locutor proclama algo cuya hondura profética sólo ahora que la vejez llama a mi puerta alcanzo a comprender en su justa y trascendental medida: ‘...pero escuchemos, que pronto la primera estará en la Campana’. Sí, aquella ritual y emotiva salmodia radiofónica no era sino el singular Carpe Diem de los cofrades, la advertencia que todos los años oíamos sin escuchar; hoy lo sabes. Demasiado tarde.

Cuando ya es inabarcable la distancia que te separa de aquella Plaza Nueva donde estuvo una Feria del Libro a la que fuiste a comprar con tus amigos, también capillitas como tú, aquel ejemplar de Cofradías Sevillanas de Santiago Montoto con prólogo de Enrique Esquivias que todavía guardas, ajado y amarillo, en un rincón de tu casa. Desde aquel día, viste llegar muchas veces la primera a la Campana y

también viste otras tantas llegar la última; y de todo ello aprendiste que el principio es sólo el comienzo del final; que nada es eterno, que todo es irremisiblemente fugaz. Mas hay a pesar de todo algo de aquel tiempo que ahora regresa, o al que se regresa; algo que creíamos perdido, pero que se recupera cuando la luz comienza a abrir resquicios entre la oscuridad de las noches de invierno y de entre esos resquicios brotan sensaciones que son nuevas y viejas a un tiempo; sensaciones que suscitan un algo inefable en el alma. Ya huele, se oye decir; ya se acerca. Es la Semana Santa, que vuelve. Y con ella, vuelve todo lo demás que alguna vez se fue. No lo veremos; no los veremos, pero está, están, ahí; alrededor de la bulla, de lo contingente, de la novedad y de la novelería. Como también tú estarás después de que te hayas ido. Porque la Semana Santa no es una semana. Es la vida; nuestra vida, nuestra historia, nuestra sangre. La de quienes nos precedieron y la de quienes habrán de sucedernos. Y con esa sangre está alimentada, con esa sangre se escribieron y se seguirán escribiendo sus páginas, esas que el tiempo no podrá borrar aunque quiera porque es eterna. Es la sangre de Sevilla, que vuelve a hervir de emoción ahora que la luz muestra al tiempo que se fue el camino de regreso a la ciudad.

Juan Miguel Vega